

Pilares de la educación

Pablo Pérez Sánchez

Universidad de Piura (Perú)

1. Reflexiones iniciales

Hoy, con las fiestas por el Bicentenario, queremos recordar un momento importante del pasado, pero lo hacemos mirando al futuro, a lo que deseamos que el Perú llegue a ser. Aquel grito de libertad anunciaba el comienzo de un camino que se construye cada día con la actividad libre y responsable de los hombres. Un camino que seguimos haciendo y que debe ser firme para que no se lo lleve las aguas del egoísmo y la injusticia.

La riqueza y el camino de un país son sus hombres. Una riqueza que florece con la educación. Sin ella queda escondida e inactiva, como una semilla que no se hace planta y no da fruto; que queda en lo que podría haber sido y no fue.

De la educación en el país depende la grandeza de sus hombres, y la alcanzada por estos explica la situación en que se encuentra. No puede haber distancia entre ambas realidades; pues no existe país grande sin grandes hombres. Y no hay grandes hombres si no existen grandes educadores.

El Perú es hoy lo que son sus hombres, fue en el pasado lo que fueron aquellos otros, y será en el futuro lo que sean nuestros hijos. No olvidemos que el Perú lo construimos entre todos cada día, por lo tanto, lo que será mañana depende de la educación que estos reciban hoy. Y los educadores de hoy somos nosotros. Es nuestra forma de vivir la que está educando a los hombres del futuro. Somos el modelo.

Enseñamos con nuestra propia vida en qué consiste vivir y cuáles son las metas por alcanzar. Lo hacemos a través de los intereses que nos mueven. Una realidad que se muestra con cada palabra, con cada gesto. Educamos desde el nacimiento en la vida familiar, continúa en las actitudes ante los intereses laborales y sociales de cada día, hasta el tramo final con la forma en que aceptamos la muerte. Y en esa tarea educativa nos ayuda el profesorado en ese periodo crucial del desarrollo en el cual el hombre tiene que aprender cuál es la verdad sobre sí, sobre los demás y sobre el mundo. Son los años en los que debe descubrir la verdad de la grandeza de su ser y de su destino. Una verdad y una grandeza que no debe olvidar en un mundo que pretende cubrirla.

En ese periodo, además, se une a la educación académica las mil formas en que la sociedad educa al hombre, en la que sin duda hoy tiene un lugar especial y desproporcionado el internet y los distintos modos de lo que se llama inteligencia artificial. Dicho esto, conviene precisar que debido a la extensión y el alcance de esos medios hoy la educación es similar en todo el mundo y existe la intención de que llegue a todos el mismo tipo de formación. Son una especie de grandes brazos que pretenden abrazar la educación de todos para formar el hombre que cree más oportuno. Y es que ese único gran proyecto alcanza a todos los países a través de los mismos medios, esos que llamamos los pilares de la educación, que dependen de la actividad de los hombres en sus distintos tipos de asociaciones. Cabe diferenciarlos en tres grandes grupos: la familia, las instituciones académicas y las distintas instituciones sociales, especialmente el Estado.

La educación la realizamos los hombres a través de esos tres grandes tipos de asociaciones. Se realiza de acuerdo con el concepto de hombre y de sociedad que poseen. Por lo tanto, lo primero que tenemos que averiguar es la verdad sobre el hombre. Qué es el hombre y en qué consiste su perfección y grandeza, para desde ahí pensar en la sociedad que debemos construir y el modo de conseguirla. Desde ese conocimiento podremos pensar en la educación que ese hombre necesita.

Para encontrar la verdad sobre el hombre y qué hay que atender en su educación, es necesario acudir a la ciencia y ver qué nos dice de él. Sin embargo, la ciencia ha tenido muchos cambios en ese concepto a través de la historia. Como sabemos, durante muchos siglos, entendida como sabiduría, estuvo ligada a la religión. Luego, pasó a algo propio de la actividad de la inteligencia con la filosofía, y con ella se entendió como una actividad del espíritu, que sería la causa y el origen del saber. Y así se mantuvo durante más de veinticinco siglos. En los dos o tres últimos fue arrinconada poco a poco por una concepción materialista del conocimiento, la que parece reinar actualmente sobre el mundo. La consecuencia es que hoy se puede tener una concepción espiritualista o materialista del hombre, y la educación apuntará en una dirección u otra. Estas dos visiones reclaman distintos tipos de educación que tienen distintos fines, con lo cual, es oportuno indicar brevemente cómo ha ocurrido ese cambio y explicar lo que conlleva una y otra posición.

Hace 40 años escribí un libro que titulé *El camino filosófico hacia la soledad*. En él describo el recorrido hecho por la filosofía en los último cinco siglos en la progresiva eliminación de la presencia de Dios en la vida del hombre, con el intento de hacerse la exclusiva indicadora y responsable de su conducta y porvenir. Ese recorrido ha sido estimulado por el desarrollo de la ciencia física; es decir, por el saber sobre la materia, que en su progreso ha pretendido explicar toda la realidad del hombre sin recurrir al espíritu. Esto me ha llevado a pensar en que es momento de escribir un libro donde describa el

camino de la ciencia en la eliminación del espíritu. Se titularía *El camino de la ciencia en la eliminación del espíritu*. Allí explicaría cómo se está eliminando la presencia del espíritu en la vida del hombre, haciendo un camino que quiere transformar el cuerpo humano en un cascarón vacío.

La evolución de la filosofía pretendía la soledad del hombre, que debía acostumbrarse a vivir sin contar con Dios. La de la ciencia comenzó desde el deseo de quedarse solo con su propio saber, dueño de decidir su vida según le dijera su entendimiento, pero con la conciencia de que poseía un espíritu. Sin embargo, el entusiasmo por la ciencia física le animó a pensar en la posibilidad de que Dios hiciera a la materia capaz de pensar, lo cual es sin duda una incoherencia; pero su afán de independencia le impulsó a dar el salto por una pendiente cada vez más brusca, que terminó reduciéndolo a pura materia; quedó así un hombre y una sociedad de cuerpos vacíos. Desde entonces aprendió a alegrarse afirmando que somos un animal más, animado por su propio rebajamiento. En ambos pasos estamos ante un simple volver la cabeza e ignorar ciertas realidades, pero sin poder eliminarlas, porque a Dios no se le puede sacar de la vida del hombre, y las actividades del espíritu siempre serán lo que constituya la vida del hombre y definan sus peculiares aspiraciones y capacidades.

El centramiento en la ciencia física sobre la filosofía lleva a que la comprensión del hombre se oriente a la estructura del mundo y al dominio sobre él para el bienestar del cuerpo. Este será su centro, por lo que le interesará especialmente la biología y la psicología; de manera que la explicación del ser humano se concentra hoy en la neurología y la genética, y el interés se pone en las vivencias y especialmente en la afectividad, en lo que conmueve su interior, que se interpreta, al igual que el resto de las capacidades del espíritu, como producto del organismo. La consecuencia es que el bienestar se centra en lo que el cuerpo puede suministrar, es decir, goce y comodidad corporal. Los impulsos del cuerpo son a la procreación y el mantenimiento de la vida, y hacia ellos se centra la actividad del hombre; pero no en el logro de sus fines, sino en el goce que producen. La vida se reduce así a la realización de los deseos personales que apuntan a la afirmación y satisfacción individual.

Cuando el hombre dejó de lado las indicaciones y el querer de Dios, para dedicarse a lo que su espíritu era capaz de conocer por sí mismo, se transformó de santo en ilustrado. Ahora busca el saber y la belleza para goce de su espíritu y ordenar la sociedad. Es el tiempo de las grandes revoluciones sociales. Cuando da el siguiente paso y queda reducido a materia, todas las actividades que siempre han sido reconocidas como del espíritu se catalogan como epifenómenos de la materia, una palabra que pretende ocultar la incongruencia entre lo que el hombre vive como espíritu y las capacidades de la materia, pero le permite volver la cara a lo que no desea. Consecuencia de

esto es la filosofía tan actual del transhumanismo, en la que se pretende que la verdad sea lo que cada cual piensa, es decir, que no existe otra verdad que la opinión personal, siempre tan diversa y a veces tan disparatada.

Vemos pues, que la verdad, basada en la religión y la razón, se ha seguido de la opinión, con una clara oposición a la pretensión de posesión de la verdad, y de esta postura se ha saltado a negar la verdad, que finalmente se volverá a afirmar como cosa de cada uno, es decir, como verdad particular, que será consecuencia de un epifenómeno también particular, producido por la propia máquina orgánica. Esto permitirá cualquier capricho en el conocimiento como en la sexualidad y cualquier otro aspecto de la persona, puesto que es lo que la máquina es y manifiesta sin posible oposición. Pero ese modo de pensar es congruente con la visión del hombre material en que se apoya. Puesto que si el pensamiento es un epifenómeno del organismo no declara otra realidad que el funcionamiento de este, que en cada persona puede ser distinto y dar lugar a los diversos modos de pensamientos, ya que es claro que no existen dos sistemas nerviosos idénticos. Cada cual ve lo que la actividad del sistema nervioso a través de esos epifenómenos le dicta. Pero eso que afirma con sus palabras no es lo que ve, por lo que se atreve a llevar la contraria a lo que dicen sus sentidos. Es decir, el deseo de independencia se impone a lo que contempla.

Naturalmente, para defender esta filosofía hay que de nuevo volver la espalda a lo que no se desea que, en este caso, es la realidad que claramente se presenta por los sentidos. De esta manera, el hombre poco a poco ha quedado en una máquina sin sentido y sin ninguna de las capacidades de las que alardeaba. Es una simple máquina. Sin duda, esto explica que llame inteligencia a la actividad de la computadora, así como su interés en la inteligencia artificial. Recuerdo que, en las películas relativamente antiguas, para defender la espiritualidad del hombre, se aceptaba la inteligencia de las máquinas, pero se las separaba de la humanidad por la ausencia de sentimientos. Hoy se pretende que también los tiene, como habrán visto algunos de ustedes que ocurre en la película *Atlas* (2024, dirigida por Brad Peyton, escrita por Leo Sardarian y Aron Eli Coleite; y protagonizada por Jennifer López, Simu Liu, Sterling K., Ricky Guillart, Marrón y Mark Strong). Y en realidad, si se entiende como epifenómeno todo el mundo interior del hombre que aparece a nuestra conciencia, es lo congruente.

La consecuencia sobre la conducta del hombre es que el bienestar se centra en goce y comodidad. La vida tiene como fin la realización de los deseos personales que apuntan a la afirmación y satisfacción individual acompañada de un prolífero sentir cualquier tipo de goce. Tengamos presente que la visión psicológica del hombre que es la que surge de la ciencia materialista, es la que domina la sociedad. El pensamiento actual sobre el hombre y la sociedad se ciñe a lo que la psicología propone y está basado en

dos aspectos: en la conducta, entendida como una actividad del organismo que la sociedad puede condicionar, y en la existencia de un subconsciente que se expresa en los distintos deseos del organismo y que hay que satisfacer, nunca negar. En ambos casos el medio para lograr ese bienestar y goce que constituye siempre la meta, es el dar y el consentir, jamás contradecirlo o prohibirlo. Sociedad y educación se basarán en esos presupuestos, cuyo resultado solo puede ser un hombre acostumbrado a recibir y no a dar: un hombre que hay que condicionar para que sus goces se orienten a lo que la sociedad desea que busque.

Este breve preámbulo filosófico tiene como finalidad que pensemos que la educación debe apuntar al hombre integral, no solo al cuerpo: que hay que alimentar un organismo y un espíritu, que existe un trabajo sobre el mundo, el primero que hay que realizar, que apunta a lo que el cuerpo reclama, y uno posterior, mucho más amplio, que tiene como fin el desarrollo del espíritu.

Recordemos que la educación apunta a la perfección de la persona y no al dominio del mundo, que es solo un preámbulo y medio para aquella. Sin embargo, pienso que la propuesta actual se orienta fundamentalmente a lograr del mundo y la sociedad el bienestar material que busca, pues pretende formar personas capaces de hacer rendir al mundo con la única finalidad de llevar una vida más grata y cómoda. Se apunta a lo que la sociedad necesita para lograr más riqueza material y, por ello, una vida más placentera; y no a metas más trascendentes. Es el desarrollo del mundo y no de la persona lo que piensa que produce ese bienestar que busca.

Las dos concepciones del hombre envuelven toda la actividad de la sociedad, es decir, de los hombres. De manera que alcanza a todos los pilares de la educación, que actúan desde una visión u otra de la vida. Dependerá, pues, del modo de pensar de sus ejecutores. Podrán imaginar los diferentes tipos de hombre que se formarán con cada una de esas concepciones, así como la grandeza personal que tendrán y la que originarán en el país. Vemos pues, que el problema es el de la verdad sobre el hombre, quizá el mayor de los muchos que esta sociedad tiene y que, sin duda, es el fundamental para toda educación. No olvidemos que de la comprensión del hombre en los pilares de la educación dependerá el Perú de mañana.

Ante lo dicho, no es posible pensar que yo hable solo de uno de los pilares. La educación, igual que cualquier otra realidad, necesita para sostenerse establemente un triple asentamiento. Si posee las tres patas podrá sostenerse con seguridad en cualquier terreno, con una menos será muy difícil. Cada uno de ellos inducirá a una educación de acuerdo con la concepción del hombre que posea. Y, sin duda, tendrá influencia en los otros, por lo que es importante comprender cuál predomina. No obstante, me ocuparé, sobre todo, de la educación académica. Pero no hay que olvidar que el pensamiento sobre la consistencia y el sentido de la vida del hombre invade toda la

estructura social, e influye especialmente en la organización y los fines de la actividad académica.

2. Primer pilar: la familia

Es de enorme interés comprender la influencia de los padres en el desarrollo de las diversas capacidades de los hijos y, sobre todo, en su carácter e inclinaciones. Valores y virtudes, capacidad de dar y recibir, sentido del bien y del mal son fundamentales; y debo destacar especialmente lo que significa en la capacidad de amar. La familia es donde se aprende a amar; en la relación entre padre e hijos se aprende a dar y recibir, a valorar al otro y a confiar. Virtudes indispensables para la vida personal y social que están dependientes de los primeros cuidados y ejemplos otorgados por los padres y hermanos. No olvidemos que el cuidado dado en los cinco primeros años de vida marca las expectativas del niño sobre el mundo y las personas, que se irán afinando posteriormente por el conjunto de la sociedad. Esto hace de la educación familiar un deber inalienable, que no se puede dejar en otros salvo en circunstancias muy graves, pues todo aquello que le han de dar los padres no lo pueden dar otros.

El derecho de los hijos a ser educados por sus padres es fundamental, y exige de estos el deber de realizarlo. Un deber que realizarán de acuerdo con el concepto de sí y de la vida que posean; y tengamos en cuenta que el futuro de la estructura de la familia e, incluso, de su existencia depende de lo que esta haya significado para los hijos.

3. Segundo pilar: la educación académica

La labor del profesor continúa la formación familiar. Sin duda, son las personas que más tiempo dedican a la formación del hombre. Han de atender al desarrollo de todas sus capacidades: inteligencia y conocimiento, voluntad y libertad, sentimientos y valores. Los profesores lo harán de acuerdo a su saber y su vivir, por lo cual, la formación del profesorado es esencial para la calidad humana de los ciudadanos de un país. Si se quiere apuntar al desarrollo del Perú, un objetivo fundamental ha de ser la formación del profesorado; de allí que digamos que si a algunas instituciones y personas hemos de estar agradecidos es a los padres y a los profesores que nos han formado. Primero a los padres y, después, a los profesores.

Esto nos introduce en el problema de la formación, de la libertad y de la responsabilidad de las instituciones académicas; libertad y responsabilidad que exige el respeto del resto de la sociedad y de cada una de sus instituciones, el mismo que se repite en la familia con la libertad y la responsabilidad de los padres en la educación de sus hijos.

Si padres y sociedad comprenden y aceptan el papel que corresponde al maestro en toda su integridad podrá educar adecuadamente. Y aun mejor, si profesores, padres y sociedad aceptan y respetan la responsabilidad que corresponde al otro, entonces se podrá educar debidamente. La libertad exige la formación, y la formación reclama la libertad, por lo que una preocupación primera de la sociedad en su conjunto, y, especialmente, de los padres, es la seguridad en la buena formación y libertad del profesorado. Si esto no se cuida y se prestigia adecuadamente, no será posible la formación de auténticos hombres de valía.

No hay manera en que el educador pueda interferir en la actividad de la familia, sí de la familia en el educador. No hay manera en que el educador interfiera en la sociedad, sí la sociedad en el educador, especialmente el Estado. También hay muchas formas en que el Estado puede interferir en la tarea de la familia, ninguna en que la familia interfiera con el Estado. Esta es la razón de que hablásemos de la influencia de cada uno de los pilares en el resto, y es evidente que para ser responsable de una tarea se ha de tener los conocimientos necesarios. En el caso de la educación son, sin duda, los profesores los que han de poseer la ciencia para su ejercicio. Y esta se adquiere, como para cualquier profesión, en la universidad; y, a partir de ella, en los centros académicos inferiores.

La universidad es la que posee el conocimiento para realizar la preparación de los educadores en todos los niveles, sin que exista institución alguna que pueda sustituirla y menos superarla; y a través de ella deben adquirirla los centros inferiores. Si padres de familia, y especialmente el Estado, pretenden conocer mejor que esos centros el modo en que el hombre puede ser educado, realizan una enorme torpeza. Si, además, pretenden que los hombres sean educados como les parece, sin reconocer la libertad y responsabilidad de las instituciones y el profesorado sobre lo que enseñan, se transforman en unos auténticos y tiránicos dictadores. Naturalmente, el contenido de la educación que pretende cada uno de esos pilares: familia, instituciones educativas, sociedad y Estado dependerá de la concepción que posean del hombre, de su ser y su destino.

Ante esto conviene tener en cuenta el concepto que cada familia, profesor, institución académica y Estado posee del hombre, y poner los medios para que la libertad sea una bandera incuestionable que se respeta en cada uno ellos. Sin duda, es esencial e imprescindible el respeto del Estado a la libertad de todos, hombres e instituciones. No estamos celebrando la libertad del Estado o del gobierno, sino la libertad de los ciudadanos. Y una fundamental es la libertad de educación. Una libertad de la que depende la existencia de hombres libres, sin la cual no podemos formar el mundo mejor que cada uno queremos para nosotros y para el Perú. Si se elimina la libertad en la búsqueda de la ciencia y en su enseñanza no existirán hombres ni países libres.

Es evidente, pues, que la concepción del hombre puede ser muy diversa en cada persona y familia, como en cada institución social y en el Estado, por lo cual, el ejercicio de la libertad puede dar lugar a muchas formas de educación en las que se respete y busque el bien común y se evite todo tipo de males; pero también a otras en que se procure y consiga todo lo contrario. Por ello decimos que es fundamental que se cuide y se exija la libertad de los padres y de las instituciones para procurar y dar la educación que en conciencia piensan que es la mejor, sin que ningún poder social pueda oponerse a ello y obligar a una educación distinta, a no ser que atente contra el bien común o la dignidad de la persona.

4. Tercer pilar: sociedad y Estado

La influencia de la sociedad en la educación siempre ha sido muy relevante, pero en la actualidad ha adquirido enormes dimensiones, de manera que se puede afirmar sin mucho temor a equivocarse que es el principal pilar en que se apoya la educación de jóvenes y adultos. Se aprecia en la influencia que posee para el establecimiento de modas en todo tipo de materia y, muy especialmente, por la frecuencia del recurso a internet para la adquisición de cualquier tipo de conocimiento. Y el internet es la calle.

El ejemplo en la conducta social de los distintos ciudadanos e instituciones es, sin duda, de una enorme influencia. El ejemplo en el cumplimiento del orden debido en el comportamiento social es fundamental, así como su valoración; e igualmente lo es el castigo ante su incumplimiento. Que se acepte y se viva el premio o castigo según la conducta es algo vital para el orden social en su conjunto y en cualquiera de sus instituciones concretas, pues configura el concepto de la valía del hombre y promueve el ejercicio de la justicia, además de propiciar el cumplimiento de las normas. El consentimiento de lo indebido y la falta de castigo y satisfacción de esos comportamientos es responsable, en gran parte, de la mala conducta cívica de los ciudadanos, impidiendo su grandeza.

Quizá el ejemplo de vida ciudadana sea lo más importante en el papel de la educación de la sociedad como conjunto, pues configura la conducta posterior y valoriza grandes virtudes de la conducta humana. Cuando no es el debido, sino lo que personalmente interesa en ese momento, propicia el desinterés por el bien común centrándose en el personal. Hay una virtud humana fundamental que debe estar presente en la educación familiar, académica y social, me refiero al impulso y la capacidad de dar, que debe estar presente en todo momento. Y pienso que actualmente se propicia lo contrario: el impulso y la capacidad de recibir. Y si se piensa más en recibir que en dar, se prefiere el bien personal sobre el bien común.

Por otro lado, la importancia de la educación de todos para la vida social hace que sea una preocupación del conjunto. La educación intelectual del profesorado corre a cargo de las instituciones educativas, pero los medios materiales para que sea posible para todos los ha de proporcionar la sociedad, que ha de tener muy en cuenta qué medios necesita esa formación; es decir, junto al comportamiento ejemplar, ha de proporcionar los medios para la educación en todos los niveles que fuera necesario para la formación del profesorado y de los alumnos. No cabe duda de que se trata de una buena inversión, pues lo fundamental para la grandeza de un país tanto económica como cultural y espiritual, reside en la educación de sus hombres, de lo cual son responsables los tres pilares. No se puede ni se debe dejar en el Estado, ni en la capacidad individual de cada familia, se trata de un aspecto importantísimo del bien común y de la responsabilidad personal que no se puede eludir.

Asimismo, no se puede enajenar en el Estado el tipo de educación que recibirán nuestros hijos ni la aportación de los medios para ella. En primer lugar, por la responsabilidad que tenemos en la formación de nuestros hijos, que se extiende; en segundo lugar, a aquellos que no tienen medios para conseguirla. Se añade a esto la incapacidad del Estado para acudir plenamente a esas necesidades, una deficiencia ante la que no es posible volver la cara y no hacer nada.

Los vínculos que unen a todos los ciudadanos de la región conllevan la preocupación y la responsabilidad por la educación de todos, acudiendo según las capacidades de cada institución y persona a las diversas necesidades, que son muchas, tanto materiales como formativas; por ello, si queremos ser una región en progreso, con un panorama de crecimiento constante y notable, hemos de procurar, junto a la mejora de la maquinaria de producción de medios materiales, la de mejora de la cultura y preparación de su gente. Se ha de llegar a cada pueblo, a cada colegio, a las necesidades materiales y formativas del profesorado. Y ha de hacerse de tal forma que estemos especialmente orgullosos de la educación que recibe y posee cada uno de nuestros hombres y mujeres.

No podemos olvidar que el Estado es un componente esencial de la sociedad y tiene obligaciones y responsabilidades propias muy notables, al igual que el resto de las asociaciones y las personas individuales. El derecho y el deber de educar lo tienen cada uno de los componentes de la sociedad, y con tal responsabilidad que no son enajenables. De manera que no se pueden dejar en el Estado, ni este debe tomarlo si no es necesario. No está para realizar el deber de los ciudadanos, pero sí debe ayudarlos o incluso realizarlo cuando a estos les es imposible. En el Perú son muchos los que necesitan esa ayuda, pero no a todos puede alcanzar, aunque sí debe tenerlo como un objetivo primordial.

Es fundamental, pues, en el Estado velar por las libertades de la nación y una libertad esencial es el derecho a educar que todos poseen y que es anterior al del Estado, quien lo recibe por la incapacidad de quienes no pueden cumplirlo y con un carácter eminentemente subsidiario. Sin embargo, hoy es corriente que se crea que el derecho a educar del Estado es anterior al de los padres o las asociaciones de ciudadanos; es más, se piensa que es él quien lo otorga, sin advertir que es un derecho natural que el Estado tiene la obligación de conocer y respetar. Esta idea hace que la sociedad se desentienda de la educación dejándola en manos del Estado como una obligación de él y no propia. Quizá de todos los deberes que se han puesto en el Estado la educación ha sido el más importante y en mayor grado. Se ha discutido y combatido con todos los medios el de la propiedad y otros muchos que tienen que ver con el dominio del mundo. Sin embargo, no ha ocurrido así con la educación, y la razón quizá sea muy sencilla: tiene que ver especialmente con el espíritu, y lo que interesa al hombre actual es la carne: el bienestar y la comodidad.

De esta forma se ha dejado la formación del hombre en manos extrañas, a disposición de cómo quiera educar a los ciudadanos. Esto explica que se atreva a indicar y obligar a todos los niveles académicos cuál debe ser la educación que den a los futuros profesores, y a estos, qué deben y cómo enseñar a sus alumnos. No se respeta el saber de las universidades ni la experiencia del profesorado, arrebatando esa libertad esencial a todos los responsables de la educación en el país.

No ocurre así en la enseñanza universitaria del resto de las ciencias, donde se respeta el saber científico de los catedráticos. Y la razón para ello es transparente, se respeta la ciencia que hará posible el progreso material. Sin embargo, en la educación del profesorado se busca la formación de la juventud según los intereses del gobierno. Por esto, hay indicaciones e imposiciones en materia educativa en todos los niveles y con intereses muy concretos, tanto económicos como políticos, y siempre desde una concepción puramente mundana de la vida. En este año, que celebramos la libertad, es una buena ocasión para que pensemos en cómo respetar la libertad de educación y aumentarla en lo posible; una tarea que reclama el respeto de los derechos y deberes de todos.

5. Reflexiones finales

Deseo terminar recordando la enorme importancia que tiene la tradición en la vida de las personas en concreto y de un pueblo en su conjunto. La celebración que estamos teniendo es un canto a la tradición, al deseo de continuar con el camino iniciado por aquellos hombres.

Cuando hablamos de las intenciones universales de educación y de esos brazos que pretende alcanzar a todos los hombres para formarlos según su

entender hay que agregar que la resistencia mayor que encuentra es la tradición de los pueblos. Aquel modo de entender al hombre y su conducta honorable, que se opone a los cambios que pretenden destruirla. Son pueblos que se dan cuenta de que son herederos de unos hombres y de unos principios que honra su existencia y da orientación, valor y trascendencia a lo que han de realizar, que de alguna manera continua el esfuerzo de sus antecesores. Sin embargo, esto se ha perdido en gran manera, y se quiere vivir dando la espalda al pasado, al que se considera ignorante y un peso para el futuro que se desea. De nuevo el hombre vuelve la espalda a lo que debiera ser su honra y le pone medida a su grandeza. Un pensamiento que se busca en la educación mediante la disminución de la historia y la insistencia en el aprendizaje de las ciencias técnicas modernas.

Estamos, pues, en las sucesivas eliminaciones de lo que da valor a la vida humana: Dios, el espíritu, la herencia y la misión recibida: una vida sin sentido y sin tarea; un vivir sin un para qué; un hombre en el que no hay camino para la felicidad. Estamos ante un hombre egoísta e individualista que usa la libertad como medio de afirmación personal e independencia. Sin duda un ideal muy lejano de la grandeza a la que es llamado. Por eso, es necesario no olvidar los valores que dan altura a la vida y no consentir que reinen los puramente económicos y banales; es, sin duda, una misión que toda generación adquiere y que debe llevar a cumplimiento. De ello depende la prioridad de la persona, el convencimiento de que el fin es el desarrollo y perfección del hombre y no del mundo, y que esa perfección se logra a partir de la consecución de las aspiraciones del espíritu, no del cuerpo; y siempre empujan a la verdad, la libertad, la amistad, el amor y el servicio.